

An underwater scene with a branch of red flowers floating in the center. Sunlight rays filter down from the surface, creating a serene and ethereal atmosphere. The water is a deep teal color, and there are some green plants visible at the bottom.

JORDI LLOBREGAT

Donde no llegan  
las sombras

**Jordi Llobregat**

Donde no llegan las sombras



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Jordi Llobregat Mateu, 2023

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Gustavo Ten

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.680-2025

ISBN: 978-84-233-6798-6

Impreso en España

# I

## *Quince años antes*

Las llamas envolvían el edificio bajo la tormenta. Reptaban por techos y paredes, recorrían los pasillos, irrumpían en las habitaciones, en los elegantes salones, en la capilla, en las cocinas y los despachos. Nada escapaba a su ira. Largas lenguas de fuego asomaban al exterior por los altos ventanales. La misma torre del reloj, que unas pocas horas antes se alzaba orgullosa sobre el valle, se había convertido en una tea ardiente a punto de desmoronarse.

Apoyado en una piedra, el hombre permanecía en silencio mientras la lluvia le empapaba. En sus mejillas húmedas bailaba el reflejo del fuego. El calor era insoportable, pero no se apartaba. El brazo izquierdo le colgaba inerte a un lado del cuerpo. Las ampollas trepaban por él hasta el codo y parte de la piel había desaparecido. Indiferente al dolor, solo tenía ojos para el edificio, que se retorció sobre sí mismo entre crujidos y lamentos de agonía.

Había creído que aquel lugar podía ser un refugio. Lejos de todo, en un valle cuyo nombre le pareció una premonición: la Vall Fosca. La oscuridad. El olvido. Estaba convencido de que allí podría dejar atrás, de

una vez por todas, el pasado, pero, en su lugar, solo había servido para despertarlo de nuevo.

Su mano sana sostenía un manojo de pequeñas flores. Sus dedos las desmenuzaban sin darse cuenta y el aire empujaba los restos, mezclados con sus lágrimas, por encima de las aguas del lago.

Alguien le llamó por su nombre, pero lo ignoró. Sabía que esa voz solo existía en su cabeza. Los últimos años había conseguido contenerla, pero ahora se removía en su interior como un animal enjaulado. Sentía su impaciencia, sus exigencias, sus ruegos. Le pedía que lo liberara. Otra vez. Esa noche había accedido y aquel era el resultado. No debía repetirse, nunca más. Lo borraría de su memoria. Cambiaría de nombre. Iría más lejos que nunca con tal de que no encontrara jamás el camino de vuelta.

Un estruendo, que se multiplicó como un eco por las montañas, lo sacó de sus pensamientos. Una sección del techo había cedido, levantando una nube de chispas. Las llamas, libres de obstáculos, se alzaron en el aire rasgando el cielo nocturno, para caer unos segundos después sobre los restos del edificio que aún quedaban en pie. Solo entonces, el hombre se levantó y comenzó a caminar hacia la oscuridad sin volver la vista atrás.

*Hoy*

Gorda imbécil.

En la mente de Martina se repiten una y otra vez las mismas palabras. Intenta pensar en otra cosa, pero fracasa. Se restriega la manga del vestido por los ojos llorosos y pedalea con toda la fuerza que le permiten las piernas. Apenas consigue mantener el equilibrio sobre la bicicleta.

Esta vez ha sido durante la hora del recreo. La han acorralado detrás de la fuente mientras Ramón, el profesor al que le tocaba vigilar el patio, charlaba con la de gimnasia. No la tocan. No hace falta. Escucha su coro de burlas mientras ella se acurruca en el suelo tapándose la cara con las manos. Siente sus escupitajos sobre la ropa, los brazos y el pelo. Le quitan la cartera y la vacían en el suelo. Pisotean su almuerzo entre risas mientras le gritan: «¡Gorda imbécil!».

Martina intenta controlar los nervios mientras avanza por el arcén de la carretera. Hoy, al sonar el timbre que anuncia el fin de las clases de la tarde, estaba preparada y, antes de que pudieran evitarlo, ha salido la

primera. Algunas veces la esperan fuera del colegio, donde nadie puede protegerla. En esta ocasión, sin embargo, ha sido más lista.

Pedalea con la mirada fija al frente. El camino es largo, aunque no tiene pérdida si sigue el curso del río. Atraviesa varias zonas boscosas donde nunca llega el sol. De vez en cuando, alguna masía aislada se asoma entre los árboles. Invariablemente, su mente se llena de las terribles historias sobre animales salvajes y monstruos que pueblan aquellas montañas. Le dicen que no debe tener miedo, pues, como no dejan de repetirle, ya está dejando de ser una niña, pero ella no se siente así. Para nada.

Hace unos meses que se ha mudado allí, a la casa de su tía. La única familia que le queda. No consigue acostumbrarse al frío, ni a las tormentas, ni tampoco al silencio de las noches. Simplemente, ella no pertenece a aquel lugar, y si en algún momento lo olvida, otros se encargan de recordárselo. Odia el pueblo. Odia el colegio. Odia a aquellos niños que no la dejan en paz. Desde que sus padres murieron todo ha ido a peor. Los echa terriblemente de menos. Ojalá..., ojalá hubiera muerto con ellos.

Unas voces a su espalda la sobresaltan. Varios niños pedalean en su misma dirección un centenar de metros atrás. Avanzan ajenos a su presencia, entre risas y bromas. Ella los reconoce de inmediato.

Se inclina sobre el manillar e intenta imprimir velocidad a su vieja bicicleta, pero justo en ese momento empieza una cuesta. Resoplando, se pone de pie sobre los pedales como ha visto hacer a otros, pero no consigue ir mucho más rápido. Segundos después oye unos gritos a su espalda. Le parece oír su nombre. Los niños la señalan.

Martina suelta un sollozo. Tiembla tanto que casi pierde pie. No obstante, al mirar hacia delante siente renacer la esperanza. Ha reconocido, entre los árboles, la forma cuadrada de la ermita de Sant Martí, eso significa que está más cerca de lo que creía. Si consigue llegar arriba antes de que la alcancen, apenas le faltarán unos trescientos metros de bajada para llegar a casa. Una vez allí, estará a salvo.

Las piernas se le vuelven bloques de piedra con cada vuelta de pedal. Tiene la mirada borrosa por las lágrimas. Resopla y siente el sudor bajo la camiseta. El pecho le duele y se pregunta si es posible que una niña sufra un ataque al corazón. A su espalda, oye las voces de sus compañeros con claridad. Se están acercando, pero ella solo mira hacia delante. Apenas le quedan unos metros para terminar la cuesta, pero le parece un mundo. Ignorando el dolor que siente por todo el cuerpo, cierra las manos con fuerza alrededor del manillar, aprieta los dientes y sigue pedaleando.

De repente, cuando está a punto de desfallecer, desaparece la resistencia que tiraba de ella hacia atrás. El cambio repentino la hace trastabillar. El pie derecho se le resbala y el pedal le golpea el tobillo, pero se mantiene sobre la bici, que avanza por sí sola. Ha alcanzado la cima. Le gustaría gritar eufórica, pero no puede. Apenas consigue respirar. Se detiene y vuelve la cabeza para comprobar dónde se encuentran sus perseguidores.

Toda su alegría desaparece cuando ve que ya han empezado a subir la cuesta. Ellos van mucho más deprisa. Se da cuenta de que no conseguirá llegar a la casa antes de que la alcancen. Desesperada, ruega para que aparezca algún coche. Cruzaría su bici en medio de la carretera y lo pararía. Se tumbaría sobre el asfalto

si hiciera falta. Pero ya sabe que, a aquellas horas, por allí no pasa nadie. Mira a su alrededor, buscando alguna otra salida, mientras sus labios murmuran una y otra vez: «Por favor, por favor, por favor...». Es entonces cuando cree ver algo junto al arcén.

Al acercarse, descubre que se trata de un viejo mojón de carretera. No lo había visto en ninguna de las anteriores ocasiones en que había pasado por allí. Se da cuenta de que tan solo es visible desde la posición donde ella se ha detenido, pero apenas repara en él. Sus ojos se han desplazado a su derecha, desde donde, oculto por la maleza, parte un sendero que, unos metros más adelante, vuelve a desaparecer bajo los árboles.

Martina levanta la mirada. El sol empieza a esconderse tras las montañas. Pronto se hará de noche. Vuelve a mirar hacia sus compañeros de clase. Desde allí no pueden verla todavía, pero están ya muy cerca. Ve sus caras enrojecidas por el esfuerzo. Oye sus chillidos anticipando la diversión. Mira de nuevo hacia los árboles; justo entonces una ráfaga de aire se desliza entre sus troncos retorcidos y se oye una especie de gemido, lo que hace que recuerde otra vez las historias, y se estremece. Sin embargo, son los últimos gritos de sus perseguidores los que acaban por decidirla. Coge con fuerza el manillar y se interna con su bicicleta por el sendero. La maleza se cierra tras ella, como si nadie hubiera pasado por allí. Unos metros más adelante, las sombras del bosque la engullen y Martina desaparece.

# I

Los monstruos son reales, los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ganan.

STEPHEN KING